

De actualidad



Las ficciones liberales de España

Excelente libro el que con el título de “El temperamento español: la democracia y la libertad” acaba de publicar Alvaro de Albornoz, uno de los publicistas actuales españoles que mejor conoce nuestra historia contemporánea y que mejor sabe sacar de ella enseñanzas. Tristes enseñanzas por lo común.

No vamos a hacer aquí una reseña del libro de Albornoz, al que habremos de referirnos en lo sucesivo más de una vez, pero sí queremos decir unas cuantas palabras a propósito de su “Conclusión”, cuyo índice reza de esta manera: “I. Las ficciones democráticas de la Restauración.—II. La magna Libertad.—III. Profesión de fé.”

Esta “Conclusión” se encabeza con estas palabras, que suscribimos sin vacilar: “Somos, ante todo, liberales. Caso de conflicto entre la democracia y el liberalismo, optaríamos sin vacilar por este último. Creemos que, lejos de ser el liberalismo una fórmula política agotada, tiene un inmenso porvenir.” Sólo que esa primera parte de la “Conclusión” del libro de Alvaro de Albornoz debió titularse: “Las ficciones liberales de la Restauración.” Porque lo ficticio, no ya en la Restauración sino en general en toda nuestra historia política no ha sido tanto la democracia cuanto la libertad. La libertad, y la liberalidad, y claro que el liberalismo.

En cuanto a democracia... Tenía razón Menéndez y Pelayo al hablar de nuestra democracia fraíluna, democracia de convento. Qué no se diferencia mucho de la de campamento. Y por la que se puede llegar a los soviets, pero jamás a la libertad ni a la liberalidad. Y democracia que ha degenerado aquí no pocas veces en demagogía. El mismo Menéndez y Pelayo ha hablado de la demagogia de aquellos “voluntarios realistas” que llegaron a alarmar al mismísimo

Fernando VII. El cual si de liberal no tenía nada, de demagogo tenía bastante. Porque no cabe negar su populachería. Como que encarnaba el más triste y más infecundo vicio nacional. Y por ello fué tan castizo.

—Sentimos, dice Albornoz, “el más bárbaro de los desprecios” por la libertad de pensamiento, de Prensa, seguridad individual, inviolabilidad del domicilio, etc., y “aun cuando se trata de la vida humana”. Y agrega: “Bien sabía Cánovas que a un pueblo así bastaba darle una ficción de legalidad”. Y enumera luego una serie de ficciones, pero que son ficciones de libertad más que ficciones de democracia y más que ficciones de igualdad.

Escribe luego: “Somos, ante todo, liberales. Somos liberales antes que demócratas. Somos por consiguiente enemigos de todas las dictaduras”.

¡De todas las dictaduras! Y la peor de todas es la dictadura de la falta de inteligencia, de la ininteligencia, de la necesidad, que es a la vez la debilidad disfrazada de fuerza. Fuerza como la de un epiléptico en el momento del ataque. Y es como la voluntariedad de los abúlicos. Porque los abúlicos suelen ser voluntariosos, con voluntariedad voluble y tornadiza. De lo que tenemos bien patentes ejemplos en nuestro actual reino de España entregado a la dictadura, no ya de la ininteligencia, sino de la anti-inteligencia, del odio a la inteligencia. O más bien del miedo a ella. Miedo a la inteligencia que como no conoce el valor supremo de la verdad suele apoyarse en la mentira. Por donde se llega a la dictadura de la mentira.

¡Terribles esas dictaduras que no tienen nada que dictar! “Imponer la disciplina”—se nos dirá—. Pero como la disciplina o disciplina, lo propio del discípulo, supone el magisterio o la maestría, lo propio del maestro, no puede imponer aquella

el que nada tiene que enseñar. Y acaso el que es incapaz de aprender para enseñar.

“Derechas e izquierdas gubernamentales — escribe Albornoz — están conformes en que lo que necesita España es un Gobierno fuerte, un Gobierno de autoridad. El problema es, pues, para unos y otros un problema de autoridad... En lo que derechas e izquierdas discrepan es en lo que ha de entenderse por un Gobierno fuerte, por un Gobierno de autoridad”.

Y aquí entra lo del principio de autoridad y lo que nosotros venimos repitiendo—con nuestra característica insistencia pedagógica—del fin de ella. Porque ninguna institución se justifica ante la conciencia humana por su principio, sino por su fin, porque en el orden moral el “por qué” no puede ser sino un “para qué”.

Orden, bien, orden, y ¿para qué orden? Para vivir en paz, se dirá. Bien y vivir en paz, ¿para qué?

Más adelante escribe Albornoz: “Somos socialistas; pero somos, ante todo, liberales... Somos socialistas en cuanto somos liberales. El individualismo es el fin; el socialismo, el medio”. Pero esto nos abre un campo ilimitado. Y más ahora en que oímos gritar “¡viva la anarquía!” cuando se trata de imponer los más bárbaros métodos demagógicos antiliberales, ahora en que un ataque de desesperación popular lleva a una parte del proletariado a negar la libertad en nombre de la anarquía. Que es el colmo.

MIGUEL DE UNAMUNO

